

La escasez

Izaskun Moro. Diciembre 2020

Desde nuestra más temprana infancia, la escasez es una sensación, casi un acto reflejo que marca nuestros patrones de comportamiento. Un niño o una niña puede tener cerca un juguete al que en ese momento es indiferente, pero baste que alguien lo coja para que se active poderosamente su deseo hacia ese juguete. Otro ejemplo. Podemos no tener hambre en un momento dado, pero al ver a otra persona comer se activa nuestro deseo – que no necesidad – de comer también. Quizá arrastremos conductas de supervivencia del ser humano primitivo que, como todo ser vivo, debía enfrentarse a unos recursos ya no tanto escasos, sino indudablemente limitados. Todas las especies han tenido que adaptarse a un equilibrio justo entre la disponibilidad de recursos de su hábitat y el número de individuos que hace posible tal equilibrio. Este equilibrio siempre se ha impuesto. A pesar de la tecnología que el ser humano ha desarrollado a lo largo de su historia, e incluso la que pueda generar en el futuro, este principio sigue siendo una ley de la vida en nuestro planeta. El ser humano, como el resto de las especies, no es inmune a este principio.

7.700 millones de personas pueblan el planeta Tierra en este momento. Se estima que para el año 2050 seamos cerca de 10.000 millones. El crecimiento de la población es exponencial y por tanto insostenible. Aunque aprendamos a vivir de manera eficiente, racional, etc., el principio ecológico va a seguir imponiéndose: equilibrio entre población y recursos. No tenemos muchas certezas, pero hay al menos dos que son irrefutables: el límite del tiempo, es decir, la muerte; y el límite de los recursos en un espacio finito. Este es un tema que pocos se atreven a sacar a la luz en una realidad democrática: ¿cómo abordar el problema de la superpoblación? En cualquier caso, es un tema que en no mucho tiempo tendremos que afrontar. A los postulados necesarios del decrecimiento habría que añadir, también, el necesario decrecimiento de la población.

Tan importante como la búsqueda de soluciones son las vías por las cuales estas soluciones se llevarán a cabo. Imponer a golpe de ley con las consiguientes sanciones o penas no ha resultado ser una vía efectiva. Primero, porque no es posible un verdadero cambio que no tenga como raíz la auténtica comprensión. Segundo, porque si detrás de un cambio no está la comprensión, queda una sensación de injusticia latente que tarde o temprano emergerá.

La verdadera urgencia es comprender, darnos cuenta de nuestro lugar en el mundo, de nuestros límites como especie. En todo caso, la realidad, la vida, nos lleva ineludiblemente a aprehender sus leyes como parte integrante que somos de este ecosistema global.

Vivir acorde con estas leyes ecológicas, probablemente nos permitiría liberarnos de esa perpetua sensación de escasez. Es verdad, no necesitamos la escasez, pero sí vivir de acuerdo con

las leyes naturales. Cuando aceptamos nuestros límites como seres vivos, podemos desarrollar coherentemente nuestras posibilidades que, éstas sí, son de una abundancia casi infinita.

La sensación de escasez es generalizada, no se restringe al sur global, a la clase trabajadora o a la pobreza. La escasez no es sólo material, también es existencial. El ser humano vive en una constante sensación de falta. Quizá estemos confundiendo nuestro innato afán por mejorar, por descubrir, por entender, con la codicia. Este error nos lleva a la insatisfacción constante, porque no estamos enfocando en enriquecer nuestras capacidades más humanas, aquellas que tienen más valor para nosotros y que invariablemente coinciden con las que nos hacen sentir mejor.

Esta sensación de escasez constante y global, también se manifiesta a través de la meritocracia. Necesitamos cada vez más títulos que avalen nuestra inteligencia, capacidad o valor. Y en el camino, la mayor parte de las veces, se desdibuja el valor intrínseco de la propia actividad. En el caso de la meritocracia, medios y fines se intercambian: la educación no es un fin en sí misma, es un medio para obtener un título; ejercer una profesión tampoco es un fin en sí mismo, es un medio para obtener dinero, beneficios o éxito social y económico. Si las principales actividades que realizamos como son aprender y trabajar se convierten en meros medios, el ser humano se cosifica, se aliena.

Asimismo, para la ideología meritocrática el valor personal nos lo otorgan los méritos que hayamos ido acumulado, es decir, un ente externo establece y regula el valor de nuestras aptitudes en detrimento de una autoestima reflexiva en la que somos capaces de ver con claridad nuestras fortalezas y debilidades.

El ser humano es increíblemente adaptable, con todo lo que ello conlleva. Paralelamente, por lo general somos reacios al cambio. Somos capaces de adaptarnos a un sistema disfuncional e incluso falto de lógica porque es lo conocido y lo que de alguna manera interpretamos como seguro. Esto conlleva que en muchas ocasiones por evitar la incertidumbre del cambio nos mantengamos en situaciones perjudiciales tanto a nivel individual como grupal o social. También este punto ha de tener una raíz ancestral de supervivencia que sin duda debiéramos actualizar. De esta manera, estiramos la cuerda todo lo que podemos, hasta que el cambio es inevitable. Ello suele conducir a tomar medidas desesperadas ante situaciones desesperadas. Este es el escenario al que nos estamos acercando peligrosamente en lo referente al cambio climático y a la capacidad del planeta para sostener nuestra actual forma de estar en el mundo. Como nos señala Kate Roll, “los objetivos medioambientales son existenciales”. También Kate Roll nos invita a “no desaprovechar una *buena crisis*”. Porque una crisis siempre visibiliza nuestra vulnerabilidad, aquello en lo que tenemos que mejorar y dedicar energía. Nos hace reflexionar sobre nuestra existencia individual y grupal. Nos

marca un camino y un punto de inflexión. Pese a la dureza de estas últimas crisis, aún podemos decir que se trata de *advertencias* moderadas, donde aún tenemos margen de acción. ¿Hasta dónde estiraremos la cuerda? ¿Cuán desesperadas serán las medidas que hayamos de tomar? Este escenario no es muy alentador. Pero es posible que en este caso la capacidad de adaptación del ser humano sea esperanzadora. Estamos viendo como casi de la noche a la mañana hemos sido capaces de normalizar el uso cotidiano de la mascarilla; hemos sido capaces de crear vacunas en tiempo récord, posiblemente impensable hace tan solo un año; en general, hemos sido capaces de cooperar conjuntamente por un bien mayor...

En fin, quiero creer que hay esperanza para el ser humano. Entiendo que nuestro mayor poder es la reflexión, el hecho de pensar y comprender nuestra realidad y nuestras posibilidades. Colectivamente. No hay una verdad natural y objetiva en nuestra forma de vivir, hay muchas posibilidades. Así lo argumenta la investigación sobre la enseñanza de la Economía en el sistema universitario público español, en el que sus investigadoras han visibilizado que en la enseñanza oficial de la Economía en España se muestra el actual sistema económico imperante como una realidad natural y objetiva, unidireccional. Cuando en realidad no es más que una posibilidad entre otras. Muestran la necesidad de fomentar la reflexión y la capacidad crítica desde la educación.

La economía, la educación, las políticas, el Estado, etc. han de reinventarse. Pero es absolutamente necesaria a su vez la asunción de la responsabilidad individual, ser sujetos activos de este cambio. Los verdaderos cambios no se dan desde el Estado, sino desde la comprensión de una mayoría de personas.